

TERE DÁVILA

FEROCILANDIA
cuentos

Muy famoso

El cíclope planificaba comérsela. Era lo que siempre hacía con los humanos que por error llegaban hasta allí. Pero con excepción de esta muchacha, ahora, nadie había entrado a la cueva desde hacía mucho tiempo. Decidió: se la comería. Tan pronto ella terminara de jugar con el aparatito ese.

Clic. Clic. Clic.

La noche antes la había tenido aprisionada dentro de su puño. (Al recordarlo, un hilito de baba se asomó por las comisuras de su boca). Había percibido la presencia de ella enseguida y la agarró tan pronto entró. La inspeccionó. (El cíclope podía ver en la oscuridad, su ojo refulgía como un círculo de fuego). Era menuda como una niña y tenía la piel del color de las barrigas de los carneros recién nacidos. Los ojos eran amarillos como el musgo seco. Se la había llevado a la boca...

—¡Espera!

Ahí vienen, pensó. Los gritos. Las súplicas. Etcétera. Estaba acostumbrado a los “¡no me comas!” y a los “¡te lo ruego!”. Al verlo, los humanos reaccionaban de manera predecible: se arrodillaban a pedir clemencia, lloraban o tiraban piedras. Hubo un hombre que usó a su mujer e hijos de escudo, aunque de nada sirvió. La familia completa: caput. Presumió que esta chica lloriquearía también y deseó que

patalease con ganas. Eso le daba más placer al hacer lo propio; le abría el apetito cuando las víctimas forcejeaban y podía olerles el terror. Pero ella no hizo tal cosa. Solo dijo “¡Espera!” con ánimo, no como súplica, y se llevó el aparato a la cara.

—Deja que te tome una.

Clic.

Una muchacha sin miedo. Eso era nuevo.

—¿Me podrías soltar? ¿No te molesta que te trate de tú, verdad? Quiero tomarte una de cuerpo entero.

La chica le había parecido fría, muy ocupada en lo suyo, y esa seguridad lo confundió. Parpadeó y se oscureció el interior de la cueva.

—Trata de mantener el ojo abierto, por favor. Necesito la luz.

Así habían ido las cosas anoche. Como no supo qué hacer, terminó obedeciendo. Devolvió la chica al suelo. Siempre habría tiempo para comérsela después.

Antes de irse a dormir había tapado la entrada de la cueva para que la muchacha no se escapara. Ahora, la luz solar se colaba por entre las piedras y ella, al verlo desperezarse, abandonó su rincón.

—Buenos días —lo saludó, apuntándole con el ojo negro.

Antes de incorporarse, el cíclope se restregó la espalda en la tierra. Malditas pulgas, pensó mientras se rascaba la panza velluda y la barba. Encontró un pedazo duro adherido al pelo y lo palpó entre pulgar e índice: carne, la sobra de alguna cena no reciente. Se lo tragó sin titubear; había despertado hambriento (¿cuándo no?). Buscó más comida en el suelo pero solo encontró tres huesos manchados de sangre y tiras de pellejo viejo. Se frotó el ojo, lo limpió de legañas y volvió a mirar la pequeña figura en sombra, ñangotada en el otro lado de la cueva. La chica se tapaba la cara con el aparato. Parecía como si tuviera un solo ojo.

—Una más —pidió ella. Y entonces, para corregirse y no sonar como si estuviera dando órdenes—: Por favor, si no es molestia.

Clic.

Se movía rápido de lado a lado. Daba brinquitos mientras apuntaba el ojo negro hacia él; se acuclillaba, se paraba de nuevo, apretaba botones y salía un relámpago de luz que lo cegaba brevemente. Entonces él rugía, pero ella no parecía inmutarse. Qué raro. Sin falta, todos se embarraban cuando rugía.

Clic. Clic. Clic.

—¿Qué haces con eso?

—¿Esto? Es una cámara. ¿Nunca has visto una?

Se le acercó y le mostró el dorso del aparato. Él pudo oler las secreciones de adrenalina que emanaban del cuerpo minúsculo.

—Tomo fotografías. Éste eres tú. Te tengo aquí adentro.

Metido dentro del aparato había un cíclope pequeñísimo aunque de aspecto temible. Tenía una cabezota con un ojo enorme en medio de la frente, una melena enmarañada y gruesa como alambre, labios protuberantes, negros como los de los perros, un cuerpo musculoso y piel curtida. Metía miedo, como debía de ser. Pero era tan pequeño. Inaceptable.

—¡Esa cosa miente! —rugió—. ¡Soy enorme!

—Claro, claro... no te pongas bravo. Es solo una representación. Como un dibujo. ¿Entiendes?

El cíclope lo consideró por un momento y decidió que entendía. Más o menos. Se prometió que tan pronto comprendiese mejor lo que la muchacha se traía entre manos haría cena de ella. Entretanto esperaría, tenía curiosidad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella y sacó una libretita.

El cíclope se incorporó y escupió, dejando un gran charco en el suelo.

—¿Para qué quieres saber mi nombre?

Ella miró el lapachero de baba. Frunció el ceño pero no retrocedió.

—¡Es fundamental! ¡Imagínate hacer un reportaje sin saber quién es quién!

La gente te llama algo, ¿no?

El cíclope gruñó. No le venía nada específico a la mente, solo palabras como “demonio” o “bestia”.

—¿Qué carajo importa lo que me llamen?

—Soy periodista, necesito saber los datos.

—Muchos me han llamado monstruo.

—No, eso no. Quiero decir un nombre propio. Tal vez como...

—¿Como qué?

—Bueno, como...

La muchacha se quedó mirándolo. Se llevó el lápiz a los labios y susurró para sí misma—: Podría ser, podría ser...

—¿Qué?

—¿Por casualidad te han llamado algo en griego?

Cómo molestaba esta chica. Podía haberla finiquitado en ese instante si no fuera porque el asunto del nombre le había quitado el apetito. Nunca se lo habían preguntado. Y ahora que sí, a él no se le ocurría nada. Soltó aire caliente por la nariz y emitió un bramido profundo. La muchacha dejó de insistir y permaneció callada un rato, hasta que no pudo aguantar más.

—¿No serás Polifemo?

—¿Quién?

—Polifemo. El de *La odisea*.

El nombre no le era familiar. Trató de recordar si alguno de su estirpe lo había llamado así, pero hacía mucho que había dejado de ver a los otros.

Ella achinó los ojos como quien trata de sacar prenda.

—¿Qué pasa? — gruñó él—. ¿Qué tengo que me miras tanto?

—¿Nunca has oído de Ulises?

Él sintió una extraña quemazón en la cara, un sentimiento ajeno que le incomodó, como si hubiese hecho algo mal. Era el tono de la muchacha. Entendió por la manera en que había pronunciado aquel nombre que él debería saber a quién se refería.

La segunda noche volvió a tapar la entrada de la cueva con la piedra. En ningún momento la muchacha mostró temor más allá de un leve movimiento de sus pequeños hombros, un escalofrío.

—Haces lo mismo que Polifemo.

—Y dale con ese.

—Él también tapó la cueva con una piedra para que Ulises y sus hombres no pudiesen escapar.

—¿Y se los comió?

—Pues fíjate, no. Escaparon comoquiera.

—¡Ja! ¡Qué idiota!

—Es un personaje bastante conocido. Su nombre quiere decir “muy famoso”.

—No me parece muy listo. ¿Qué lo hizo tan famoso?

—Para empezar, era hijo de Poseidón.

—¡Eso sí que es noticia! ¡Un cíclope hijo de un dios!

—Pues entonces, ¿de dónde vienes tú? ¿Quiénes son tus padres?

La mención de unos supuestos padres lo sorprendió. No los recordaba; solo sabía que había vivido en la cueva desde siempre y que se aventuraba afuera para buscar comida.

—De algún sitio debes haber salido. Todos somos hijos de alguien. O de algo, en todo caso. ¿Recuerdas si tu madre era grande o pequeña? Quizás era como tú. O tal vez era humana...

—¡Silencio! —gritó él—. ¡A dormir!

¿Por qué no ahora? Se lo preguntaba cada noche cuando cerraba la cueva; nada lo impedía. Sin embargo, titubeaba en cuanto a comérsela. En vez, se pasaba los días observando cómo ella movía las manos, trabajaba con la cámara, examinaba su trabajo, se mojaba los labios y hacía pucheros. Una tarde, no pudo resistir acercársele para ver lo que con tanto gusto miraba en aquel aparato. Casi podía saborear su olor y respiró profundamente para absorberlo todo. Ella no se percató de él y siguió examinando las fotografías que aparecían una tras otra en la pantalla.

—No. Esa no... —apretaba un botón y la imagen se esfumaba.

Otras fotos parecían complacerla. En él, causaban fascinación. Nunca había visto sus propias expresiones, solo las de sus presas. Esas sí podía recordarlas claramente: ojos desorbitados por el horror, bocas gritando, manos en ademán de súplica... De repente se le abrió el apetito. La muchacha olía deliciosa. Se lamió los dientes y sintió el labio superior retraerse.

—¡Esta foto está muy bien! ¿No crees? —exclamó ella. Cuando giró para mirarlo, vio que lo tenía casi encima y mostraba los colmillos.

—¡Oh! ¡Ha llegado mi hora! ¿Tan pronto? —dijo con tal resignación que provocó en él otro sentimiento ajeno. De haber sabido ponerle nombre, hubiese dicho que era algo parecido a la vergüenza.

—¿Le has tomado fotografías a muchos cíclopes? —preguntó para cambiar el tema.

Ella soltó una carcajada.

—¡Qué ocurrencia!

—¿Y qué es tan gracioso?

—¡Que es imposible! ¡Los cíclopes no son reales!

Pausa.

—Menos tú, por supuesto.

—Pero, ¿no dices que han escrito cuentos sobre nosotros?

—Sí... sí... aunque todo es un invento. Un mito.

—¿Mito?

—Algo que no existe.

—¡Yo existo! —rugió el cíclope.

—Bueno... sí...

—¿No estás segura? —y se le acercó, enseñándole los dientes.

—¡Uf! ¡Qué aliento! —ella se retiró tapándose la nariz—. Eso sí existe.

—¿Por qué no me tienes miedo?

La muchacha se quedó pensando.

—Eres lo más interesante que me ha pasado.

El estómago del cíclope rugió. No aguantaba más el hambre.

—¿Me excusas un momento? —y salió corriendo, dejándola sola en la cueva.

Esa noche, regresó con la boca ensangrentada. Ella no comentó sobre los labios manchados, los colmillos brillosos que todavía goteaban líquidos viscerales, la barba donde se había quedado colgando un pedazo de rabo. Entendía. Y él también entendía las pequeñas señales que ella dejaba escapar. No le recriminaba que estuviera pulguiento ni que oliera rancio. No se quejaba cuando eructaba o soltaba vientos frente a ella. Pero él la veía retraerse y por primera vez sospechó lo que significaba ser repulsivo. A partir de entonces, cuando la deseaba se excusaba y salía a buscar cabras o perros realengos.

—Supongo que nadie que te ha visto ha vivido para contarlo —susurró la muchacha una tarde.

—Nadie —contestó él tras un largo silencio.

—Eso.

—No... Lo que quiero decir es que recuerdo algo.

Ella se le acercó. Lo dejó continuar.

—Creo que se llamaba Nadie. Es difícil distinguir entre los humanos, pero me parece que dejé a Nadie ir.

La chica se levantó de un salto.

—¡Ese era Ulises! ¡Fue un truco!

El cíclope trató de seguir el hilo de la historia que la muchacha le contaba, pero cuando ella llegó a la parte donde le entierran la estaca en el ojo y lo ciegan, él comenzó a reír.

—¡Qué buen cuento! ¿Cegarme, eh? ¿Eso es lo que dijo Nadie que pasó?

Ella lo miró confundida.

—Bueno, sí. Esa es la historia.

—Está simpática, pero, ¿estoy ciego acaso?

—No... Te puedes haber curado, por supuesto. Fue hace tiempo.

—Me acordaría de algo así. —Pausó—. Creo que me acordaría.

—Pues según la historia, cuando otros cíclopes escucharon tus gritos y vinieron a ayudarte, les dijiste que Nadie te había herido. Entonces te tildaron de loco y te abandonaron.

El cíclope lloraba de la risa y casi no la dejó acabar el cuento. Ella recitó la última oración a manera de carretilla:

—Luego-de-haberte-cegado-Ulises-y-los-que-que-daban-de-sus-hombres-pudieron-escapar-fin. Realmente no es tan cómico.

—¡Sí! ¡Sí lo es!

—Pues es la versión oficial.

—Según Nadie.

Ella hizo pucheros. No parecía satisfecha, pero tras unos segundos se incorporó dando unas palmaditas:

—Bueno, bueno, si tanto te molesta, no te preocupes. La gente no cree en esas historias.

—¿No?

—Quizás los niños.

—He comido niños.

Enseguida se avergonzó de haberlo dicho.

Pensar era una actividad que le causaba verdadera incomodidad. Se esforzaba, sin éxito, por recordar más detalles de su pasado. Cuando salía a buscar comida para ambos (la de ella se cocinaba en una fogata dentro de la cueva) tomaba el peñón más grande que pudiera levantar y lo rastrallaba contra su cabeza, se hería las puntas de los dedos con piedras afiladas solo para sentir el dolor. Él era real y le molestaba que no lo fuese para el resto del mundo. Para colmo, no entendía por qué, después de tanto humano engullido, aparentemente nadie pensaba que él existía.

Entonces se le ocurrió. Ella podría convencer a los otros. Quizás no había llegado a la cueva por casualidad.

Comenzó a temer destruirla sin darse cuenta. A veces se despertaba en medio de la noche, convencido de que la había devorado sonámbulo, y no podía volverse a dormir. Entonces, se dedicaba a mirarla, iluminándola levemente con el ojo entreabierto. Observaba cómo los orbes de los ojos de ella se movían debajo de sus párpados cerrados y se la imaginaba soñando con el mundo del que venía. Él había soñado alguna que otra vez: con fuego, explosiones y tormentas apocalípticas. Nada sobre sí mismo. Lo único que podía recordar eran los hombres, mujeres y niños que se había comido. Ahora se le hacía bastante inconveniente que todos estuviesen muertos. Ninguno podía contar la verdad.

—No tienes que encerrarme —dijo ella una tarde al verlo tapar la entrada de la cueva antes de salir.

—Sí, ajá.

—No me voy.

No le creyó pero dejó abierto de todas maneras.

Tardó en regresar esa noche, varias veces dominando el deseo de correr de vuelta. Mientras más se alejaba de la cueva, más se daba cuenta: quería que ella se quedara para siempre. Pero también quería otra cosa y eran incompatibles.

Cuando volvió al amanecer, ni la muchacha ni la cámara estaban allí.

Pasó un año, luego dos y tres. O quizás fueron quince o veinte; era difícil para el cíclope llevar un conteo preciso del tiempo. Esperó tanto a que ella volviera que llegó a pensar que, efectivamente, se la había comido sin darse cuenta. Entonces buscaba por el suelo a ver si encontraba los huesos; al no hallarlos, lo inundaba una extraña sensación de haber perdido algo. Nunca antes se había percatado de lo alta y profunda que era la cueva, con sus recovecos, túneles y lagos subterráneos donde a ella le gustaba bañarse. Se paseaba por los laberintos dentro de la tierra y cada vez se aventuraba menos a salir. Perdió el apetito y dejó de buscar carne afuera. Se encerró, y cuando el hambre le causaba dolor la aplacaba con cucarachas, gusanos o murciélagos. A veces, el rumor del aleteo de alguno de ellos le recordaba el pisar de ella. Entonces pensaba que había regresado.

—No te estaba buscando —escuchó una noche.

El cíclope despertó y la vio sentada encima de su pecho, en posición de loto.

—Aquella vez no llegué a la cueva a propósito.

Estaba fotografiando unas cabras y las seguí.

—¿Te quedarás ahora?

—No creo... Estás esquelético. Te ves débil.

—No tengo tanta hambre ya.

—Qué raro eres.

Nunca antes se había considerado “raro”. Cerró el ojo y cuando volvió a abrirlo ella no estaba.

Por primera vez se sintió solo.

Algunas noches, la chica volvía y se dormía encima de él, tapándose del frío con los pelos de su barba. Le contaba cómo había enseñado las fotos a auditorios llenos de gente y, mientras ella hacía sus cuentos, a él le parecía que el techo de la cueva se abría y ambos retozaban bajo un cielo lleno de ojos refulgentes. Sentía que se volvía pequeño comparado con otras cosas, como el cíclope dentro de la cámara, y hasta no le hubiera molestado esa pequeñez si ella estuviese con él. La extrañaba. Podía recordar bien el color de sus cabellos y su piel, pero cuando trataba de recordar la cara no podía definir bien las facciones.

Empezó a dudar que la muchacha hubiera existido.

Una tarde, escuchó las pisadas sobre el suelo mojado de la cueva. La reconoció, aun con la cara arrugada y el pelo blanco. La muchacha no se movía con la agilidad de antes pero, cuando sonrió, la sonrisa era la misma.

—Hola.

—Pasaron muchos días... —fue lo primero que se le ocurrió a él decir.

—¡Ja! ¡Setenta años!

—Me visitaste cuando dormía.

—Yo también soñé contigo. Pensé mucho en ti.

—Te ves distinta.

—A eso le dicen ponerse vieja. Pero supongo que noventa y cuatro años son nada para ti. Te ves igual. No... más flaco.

—Estaba esperándote.

—Traté de regresar. Muchas veces. Al principio hice el viaje con gente y luego sola, pero nunca volví a encontrar la cueva. Me perdía o llegaba al lugar donde juraba que estaba la entrada y no había nada.

—Pero llegaste —y el cíclope hizo una mueca parecida a una sonrisa.

Ella se encogió de hombros. El gesto era el mismo que el de aquella primera tarde.

—Ya no te estaba buscando —dijo, y rio—: ¡Qué curioso! No tengo idea de cómo llegué.

—¿Y los otros? —preguntó el cíclope—. ¿No vino nadie contigo?

La pregunta le salió sin pensarlo. Se dio cuenta de que no era solo a ella a quien esperaba.

—De veras que traté...

—¿Y las fotos? ¿Las enseñaste?

—Lo siento...

—¿No las enseñaste?

—¡Sí! ¡Claro que sí! Las mostré en muchos sitios. A mucha gente.

—¿Hablaste de mí?

—Sí.

—¿Y? ¿Qué dijeron?

Ella achinó los ojos, como hacía cuando le faltaban las palabras. Enmarcados por arrugas y párpados caídos, lucían aún más pequeños.

Clic.

Esta vez no había cámara, pero la mirada de ella fue tan triste que lo inmovilizó, como si lo plasmara en una de esas fotografías que tanto se había empeñado en tomar.

—Lo siento. No me creyeron.

El cíclope pensó durante un rato.

—Y tú, ¿crees?

Silencio. Él volvió a formular la pregunta, a pesar de sí mismo.

—¿Crees que existo o no?

—¿Cómo sé que no eres una alucinación? Los viejos los tenemos a veces.

—¡No soy ningún invento!

La agarró. Se la llevó al nivel de la cara y la miró de cerca. Su ojo tiñó con luz anaranjada la piel arrugada y pálida.

—Tengo mucho sueño —dijo ella y se quedó dormida encima de él, con su olor inundándole las fosas nasales.

Curioso. Creía haber olvidado el olor de los humanos, pero ahora se daba cuenta de que tal vez era el único recuerdo que conservaba claro. Aspiró profundamente y, sin planificarlo, él también se quedó dormido. Soñó. Esta vez no con las tormentas ni los fuegos terribles, sino con aquel tal Nadie. Bebían vino juntos, sentados en una esquina de la cueva. Hablaban, pero en el sueño el cíclope no podía precisar sobre qué. Y mientras conversaban, Nadie se convertía en la muchacha, que a su vez se convertía en Nadie. Era difícil distinguir entre los dos.

Otro olor lo despertó. Algo había cambiado y supo de inmediato lo que era. Conocía el momento exacto en que sus víctimas dejaban de respirar. Levantó el cuerpo que seguía acurrucado, con la cabeza casi tocando las rodillas, y lo colocó sobre el suelo. Todavía algunas partes de ella olían vivas; los huesos no habían muerto por completo.

El cíclope esperó. Vio la piel del rostro y las manos tornarse grises y los labios tomar una consistencia cerosa. Por segunda vez, ella lo abandonaba. Lo que quedaba frente a él era ya otra cosa.

La luz solar entró dos veces por las grietas de la cueva y también entraron las moscas. Cuando las larvas aparecieron a la orilla de los párpados y sobre las comisuras de la boca, no pudo más. Tenía tanta hambre. Apartó el mosquero de un manotazo y, sin pensarlo, engulló la carne antes de que continuara la descomposición. Entonces, regresó a su esquina y se tiró boca abajo.

Al rato sintió un calor agradable inundándole el cuerpo. Comer le había venido bien y ahora las extremidades le pedían movimiento. Se incorporó y caminó hasta la entrada de la cueva. Rodó la piedra y abrió.

Volvió a su rutina de cabras, perros y gente. Se babeaba al ver las presas y hacía su trabajo con rapidez, triturando hasta los huesos. La mente se ocupaba solo en comer. Otras consideraciones desaparecieron, los cuentos empezaron a confundirse y, aunque tomó bastante tiempo, terminó por olvidar a la muchacha.

Todas las mañanas, retiraba la piedra de la entrada y salía a cazar. En el cielo, el sol refulgía, mirándolo con su único ojo anaranjado, viendo al cíclope alejarse de la cueva, subir una colina, bajar y desaparecer. Entonces, volver a aparecer más adelante, subiendo otra vez, escalando algún peñón, cada vez más lejos, metido entre la grama de elefante, haciéndose cada vez más pequeño.

Técnica para matar coyotes

Ana Burns siempre avisa cuando decide suicidarse. Escoge sitios públicos: un estacionamiento céntrico, un parque o una calle concurrida; espera a que llegue la policía y monta su rutina. Ellos desalojan el área. Ella se lleva la pistola a la frente o se la mete en la boca. Por altoparlantes le piden que suelte el arma. Ella no lo hace. Tratan de disuadirla. Insiste en que se va a matar. El drama dura horas y el final no varía: ella se entrega, la arrestan, una ambulancia se la lleva. Entonces pasan cinco o seis meses y ya tiene otra pistola. Por estos lugares no es difícil buscarse una manera de morir.

Ahora, sentada dentro de su Ford Focus azul, baja los pestillos, sube las ventanas y se apunta una Kimber .45 a la sien. Desde donde estoy, trepada en el techo de la tienda por departamentos, logro acercármele a través del lente de la M40. Llora. Tiene la misma edad que mi madre.

Siento el zumbido de estática y oigo la voz del comandante por el auricular que me conecta con lo que dicen abajo, donde están las patrullas:

—No procedan todavía. Esperemos a ver qué hace.

En esta profesión, la mayor parte del tiempo la dedicamos a esperar. Eso, y a preguntarnos quién apretará el gatillo.

Tal vez será Mike. Observo como se mueve, prepara el rifle y toma posición en el otro extremo del techo. Es nuevo y no sé mucho sobre él, excepto que le gusta la cerveza y ama a los perros. Hasta puso cara cuando le conté lo de matar coyotes. (O quizás le pareció extraño que una mujer contemplara ese pasatiempo). Es un tipo suave para estar en esto. Aunque tal vez eso lo haga más efectivo —he visto a tanto fanfarrón amedrentarse al momento de actuar—, pero bueno, con suerte no estamos aquí para matar a nadie.

Nuestra chica se está tomando su tiempo. El sol se esconde tras la mole del centro comercial y aquí en el techo se siente más el frío. Pongo las manos sobre mi boca; los guantes se sienten ásperos y helados. Soplo para calentarme la cara y al ver mi aliento pienso en los cuentos de Muerte Blanca, la francotiradora que se llenaba la boca de nieve para no emitir vapor alguno que delatara su posición. Abajo, en la grama detrás de la barricada, quedan sobras grises de la nevada del veinticuatro de diciembre. Desde el otro lado del estacionamiento desierto, me sonrío un gigantesco Rudolph inflable.

Mientras tanto hay que esperar.

Esperar dentro del edificio en ruinas en Marjah, sin poder moverme, haciendo guardia frente a la angosta rendija por la que apenas puedo ver un pedazo de cielo. Velar por un enemigo que no se sabe cuándo o por dónde va a atacar. Casi asfixiarme del calor, sentir el cuerpo entumecerse, volverse ajeno. Experimentar la sensación de que me elevo y lo observo todo desde arriba: me veo acomodar el rifle, velo la camioneta que se aproxima aceleradamente al control. No se va a detener. Y enseguida: un flash de luz. La explosión me levanta, arrastra mi cuerpo hacia atrás violentamente. Caigo al suelo. Lo que sigue es esperar tirada mientras los

compañeros le disparan a la camioneta. (Nunca me tragué el cuento de que los hombres se distraen cuando una mujer cae herida en combate).

Espero.

Ahora quisiera hablar con Mike, pero está muy lejos. Le contaría de los dos coyotes que maté el fin de semana pasado. Rondan el área boscosa detrás de mi cabaña en busca de los pollos de las fincas del área; matarlos es un favor que les hago a los vecinos. Además, me sirve como práctica. Es la regla: un tiro, un muerto. Después los meto en bolsas de basura y los dejo al borde de la carretera. Le contaría los detalles a Mike solo por verle la cara de disgusto.

—¡Mamá! ¡Suelta la pistola!

El hijo de Burns tiene el altoparlante. Esta vez le han permitido hablar con la madre; parece que el Comandante se ha quedado sin alternativas. Por un momento pienso que tal vez acabaremos pronto. Pero no: Ana se niega a hacer lo que el hijo le ruega, lo que los estatales llevan pidiéndole hace horas. Abre la boca y grita, pero tiene las ventanas cerradas y desde acá arriba, a ochocientos metros de distancia, no se escucha. El hijo se frota las manos para calentarse o sentir que hace algo. Ana Burns sigue gritando y por la mirilla puedo ver que le tiembla la mano. El Comandante insiste en que se entregue. Ella menea la cabeza con vehemencia y la pistola se mueve errática en varias direcciones. Alerta, me preparo, el dedo en el gatillo. Aguanto la respiración.

Todavía no.

Exhalo.

El sol se pone a nuestras espaldas y empobrece la visibilidad. Al caer la noche, focos especiales alumbrarán el auto, pero ahora, durante el crepúsculo, no sirven para nada. La luz se vuelve engañosa.

A esta misma hora es que me siento en la terraza a esperarlos.

Velar las idas y venidas de los coyotes me entretuvo durante los meses de mi convalecencia, luego del ataque afgano. A la puesta del sol, me dejaba caer en el sillón de la terraza, ponía las muletas a un lado y preparaba el rifle. Para no desanimarme durante la recuperación, había pegado una foto de las Torres Gemelas en la culata; trataba de no pensar en que mi carrera se había dividido en dos: antes de Marjah y luego de Marjah.

Lo que quedaba era esperar por los animales.

—¡Acérquense!

El Comandante da la orden y tres policías se adelantan hacia el automóvil con las Glocks en alto.

Ana Burns reacciona y se aparta la pistola de la sien. Baja el brazo y esconde el arma. Podría estar apuntando hacia los policías. La bala de la Kimber podría atravesar el metal de la puerta del Focus.

—¡Suba las manos, señora Burns! ¡Muestre el arma!

Vamos, Mike. Aprieta el gatillo. No la conoces ni la has rescatado antes. No te has topado con ella en la farmacia.

—¿Qué hora es? —me pregunta, parada detrás de mí en la fila para pagar. Dentro de su canastita de compra hay una revista de farándula y unas galletas de mantequilla, las de la lata azul redonda.

—Las tres y cuarto —le contesto.

—Gracias, querida.

Me sonrío y le sonrío de vuelta. Al salir de la farmacia, la campanita de la puerta tintinea.

Mike no dispara. Como digo, en este trabajo lo que más hacemos es esperar. Además, el entrenamiento para estos casos no sirve: los blancos de práctica son

siluetas masculinas, sin identidad; pocas veces hay una figura de mujer, y menos emplastada con la foto de alguien conocido. Antes de Marjah: soldados en la mirilla. Luego de Marjah: civiles.

—¡Muestre la pistola, señora Burns!

Empieza a nevar. El cielo deposita copos gordos sobre mi rifle. Abajo, los compañeros se detienen; la visibilidad es pésima y cualquier acción, avanzar o retroceder, los pone en riesgo.

Burns sube el arma. El brazo le tiembla. El barril de la Kimber apunta hacia el grupo de policías.

Aprieta el gatillo, Mike. Vamos.

—¡Burns nos va a disparar! —grita uno de los oficiales.

Mi cuerpo se eleva mientras caen los copos. Desde arriba, me veo en la terraza de la cabaña, sentada en el sillón esperando a que aparezca la silueta entre los árboles. Acomodo el rifle. El coyote se percata de mi presencia y gira hacia mí.

Sus ojos refulgen en la escasa luz. Por una fracción de segundo siento una extraña conexión. Considero dejarlo ir.

--•--

No puedo evitarlo: he sido entrenada a reaccionar rápido y, tan pronto escucho el tintineo, mis ojos se clavan en la puerta de la farmacia. Es el hijo de Ana Burns. Enseguida le doy la espalda, escondo la cara dentro de una revista y espero a que me pase por el lado. Evito la confrontación, la mueca de disgusto de su parte, la mirada del cajero de la tienda, el cuchicheo del pueblo entero. Hace tres meses que la cabeza de Ana Burns se desplomó contra el cristal del lado del conductor, que su sangre empañó la superficie lisa, pero la polémica que rodea su muerte sigue. Un comité discute si fue necesario dispararle a matar, si mi actuación se debe o no clasificar como inapropiada y si se me formularán cargos criminales. Y como la fuerza policial

ya no me emplea, paso los días en mi terraza contemplando el bosque, esperando una decisión.

En las noches, espero a que el coyote regrese.

No utilizo grabaciones ni pitos con frecuencias especiales para atraerlo, sino que dejo que actúe según sus instintos, que escoja cuándo y por dónde moverse. No hago ningún ruido, pues su sentido auditivo es tan preciso como un láser y cualquier cosa fuera de lo normal altera la dinámica de la caza. Todo puede cambiar en segundos al tratarse de coyotes.

Una sombra cruza la mirilla. El coyote gira y sus ojos centellean. La manera en la que reflejan la luz lunar lo delata y mi reacción es espontánea. Las orejas amortiguan la explosión.

Pauso. Bajo el rifle. Enciendo la linterna y me adentro en el bosque. Una hembra se desangra sobre la nieve.

Marae

Evite visitarnos en noviembre. Todas las guías turísticas concuerdan que llueve, cierran los negocios, se daña la visibilidad para el buceo y, este año, pueden añadir el agravante de que un caníbal anda suelto.

Aparentemente prefiere la carne europea.

Si, aun así, su espíritu trotamundos lo trae hasta acá, permítanos ofrecerle unas sugerencias que le dejarán disfrutar a pesar de los eventos recientes:

Itinerario de viaje – primer día: Comience desayunando en la panadería de Meto (no deje de probar las frituritas de coco). En el camino, deténgase a observar los nubarrones siniestros que se arremolinan sobre las cimas de los mogotes de la bahía. Bajo el cielo oscuro, los picachos barrocos parecen dioses iracundos, prestos a lanzar maldiciones sobre una población que, desde hace una semana, sólo escucha noticias horripilantes.

—Encontraron huesos alrededor de una fogata en medio del bosque, picados en pedacitos y quemados —contará el panadero, cuyo hermano es policía y lo mantiene al tanto—. Había dientes entre las cenizas; los mandaron a Londres y, según los récords dentales, son del inglés.

Lectura sugerida: Entérese de lo que se publica en la Internet sobre Peter Reese, un millonario londinense de cuarenta y dos años, aficionado a la caza. Los noticieros muestran la foto de un hombre alto, rubio y curtido por el sol; viste una camiseta blanca, vaqueros cortados a la rodilla y sobre la cabeza se balancean unas enormes gafas oscuras que le hubiese venido bien ponerse, pues se nota que la claridad ofende sus ojos azules. Según los reportajes contrató a un local, Iwi Tamae, como guía, y el seis de noviembre partieron juntos hacia la jungla del interior montañoso en busca de cerdos salvajes.

—Ahora están buscando a Tamae —añadirá Meto—. Pero a ese yo no quisiera encontrármelo.

Escuche a los locales discutir un buen rato sobre la naturaleza del sospechoso y especular sobre lo que es o no capaz de hacer, sin descartar la más terrible posibilidad. Mencionarán que el hombre proviene del otro extremo del archipiélago, es huraño, nadie lo conoce bien, tiende a desaparecerse en el bosque del interior durante semanas y que pasó dos años, por escalamiento y robo, en la cárcel de la Isla Grande.

De ahí, el salto de criminal a caníbal se dará como cosa natural en los medios noticiosos. Un doctor en antropología del Instituto Johannes Gutenberg en Mainz, Alemania verá la foto que se circula de Iwi Tamae —que lo muestra desnudo de la cintura para arriba— y comentará sobre el tatuaje que le cubre el pectoral derecho. A pesar de que el ilustre académico nunca ha visitado la apartada isla, no titubea en crear, desde su oficina alemana, la conexión directa entre la expresión artística y el apetito caníbal.

—El dibujo de un guerrero indígena que viaja en canoa sobre una ola de calaveras, indudablemente de sus víctimas, evidencia, según mis estudios transculturales, que la imagen no es decorativa. En definitiva, se trata de un homenaje.

Itinerario de viaje – segundo día: Disfrute un mai tai en la barra del hotel, donde conocerá a un periodista que acaba de llegar para cubrir “el Caso Caníbal”. El guerrero en canoa de Iwi Tamae le ha dado la vuelta al mundo, y mientras la mujer ancla de las telenoticias francesas anuncia la creciente sospecha entre las autoridades de que Reese fue víctima de caníbales, decenas de camarógrafos y periodistas se las agencian para llegar a la islita. Se bajan de avionetas cargando enormes paraguas para proteger sus equipos técnicos de la lluvia y montan bases de operaciones en los idílicos bungalós del Hotel Intercontinental, ocupando así habitaciones que usualmente permanecen vacías toda la temporada. Aparentemente, la idea de comer humanos ha provocado en la prensa extranjera un frenesí parecido al de los tiburones de los arrecifes cuando Jean Pierre, el instructor de buceo, los alimenta con pescado crudo dos veces al día (truco para mantenerlos satisfechos y, si no mansos, indiferentes a los turistas que vienen a nadar junto a lo más peligroso del mar).

Itinerario de viaje – tercer día: Salga a pasear. A pesar de que, desde la Isla Grande, el director de la oficina de turismo lamenta que el escándalo lastima la industria turística —pilar de la frágil economía del área— los negocios están todos abiertos para atender a las tropas de periodistas. Es más, hasta hay ambiente en la calle.

—Le damos la más cordial bienvenida —le dirá el alcalde de la islita a un representante de la BBC, honrando así la tradicional hospitalidad— aunque nos sentimos profundamente heridos por estas acusaciones que son completamente falsas.

El periodista, que tomó tres aviones, cada uno más pequeño que el anterior, y viajó veintisiete horas para cubrir la espeluznante tragedia, le preguntará al funcionario si es o no cierto que el canibalismo se practicaba en el archipiélago, a lo

que este contestará que no hay evidencia definitiva de ello. El periodista citará, con actitud bastante ofensiva, ciertos reportes antropológicos que el funcionario público refutará. A las insistentes preguntas del primero, el segundo contestará, harto y en tono poco hospitalario, que si en las afueras de Londres encontraran un cuerpo picado y quemado, de seguro nadie se apresuraría a concluir que se lo comieron.

Según Trip Advisor: “El tema del canibalismo es tapú, o tabú, en estas islas. Además, el desconocimiento es enorme ya que en el siglo pasado se revisaron los libros de historia para dar una versión más pasiva de los antepasados”.

Excursión sugerida: Visite el *marae* donde, siglos atrás, reyes tribales oficiaban ceremonias para el éxito en la guerra y la pesca. Un guía vestido de uniforme le asegurará que allí nunca practicaron el canibalismo sistemático, que las excavaciones antropológicas no han desenterrado, bajo ninguna circunstancia, hornos subterráneos.

Esa noche, el *maitre* del restaurante del hotel le contará otra historia:

—Por supuesto que cuando ganaban una batalla se comían a los prisioneros, especialmente a los más fuertes. Los sesos eran la parte preferida; ahí estaba el mana, o la magia espiritual del enemigo. A veces metían el corazón de un cerdo dentro de las calaveras. O les arrancaban las mandíbulas para que no hablaran desde la tumba.

Con un guiño, le dirá que no se come el cuento de que nunca hubo caníbales en la isla; que la historia verdadera es muy diferente a la de indígenas bobos e impresionables que recibieron a los colonizadores con flores y bailecitos.

Itinerario de viaje – cuarto día: Hágase un tatuaje tribal. Por lo menos en este rincón del planeta el recuerdo de los antepasados se tiene a flor de piel, literalmente, y esto lo ha puesto a pensar en que usted, tan internacional, no guarda nada obvio

que le recuerde a los suyos: ni a su tatarabuelo catalán, ni a su tatarabuela corsa ni a sus otros bisabuelos holandeses, a menos que cuente una cierta debilidad por el queso Edam. En fin, ya que está decidido a tatuarse, procure llegar temprano al taller de la mujer de Meto pues muchos periodistas extranjeros habrán tenido el mismo impulso. Mientras esperan ser atendidos, los reporteros entrevistan a cualquiera que encuentren cerca. (Luego de agotar sus fuentes y hablar con todos los representantes oficiales de las islas, han recurrido a encuestas callejeras). Una de esas expresiones aparecerá como titular en un diario francés:

NOS ENSEÑARON A PREFERIR
LOS HOT DOGS A LOS HUMANOS

Desafortunadamente, la referencia a *chien-chaudes* resultará tan incómoda como precisa para el agregado cultural del archipiélago en París, ya que en la region se come, de hecho, perro rostizado.

Lectura sugerida: artículo en la prensa nacional que cita un reporte sobre las antiguas prácticas caníbales en los Estados Unidos. Según la nota de prensa, varios años atrás un grupo de arqueólogos desenterró evidencia de huesos triturados y quemados en un campamento Anazasi del siglo XIII. Presentaban marcas delatadoras: cortes de cuchilla y un cierto brillo, producto del desgaste al chocar contra las paredes de las ollas durante la cocción. Además, pruebas científicas revelaron vestigios de ADN humano en los excrementos fosilizados.

En la panadería de Meto, algunos criticarán el reporte como un esfuerzo patético del gobierno local por descarrilar la atención mundial hacia América del Norte.

—*Merde*—escuchará usted al *maitre* del hotel despotricar—: Los caníbales somos nosotros.

Por su parte, antropólogos de la Universidad de Arizona contestarán con otro reporte que describirá a los nativos americanos como *noble savages* y sostendrá que, en el peor de los casos, el supuesto canibalismo era de tipo “menor”. Mientras las culturas del archipiélago remoto lo ejercían como una especie de terrorismo bélico, los antepasados de los Pueblo americanos no podían haber recurrido a dicha práctica sino como último recurso a causa de una sequía, falta de animales para cazar, desesperación extrema y estrés social. En fin, si alguna vez comieron gente era porque sencillamente tenían mucha hambre.

Itinerario de viaje – quinto día: Quédese en el hotel. La lluvia apretó y no se puede salir. En las casas del pueblo, la pintura brota de las paredes y la gente duerme entre sábanas húmedas.

Itinerario de viaje – sexto día: Reciba al escuadrón del ejército francés que llega a la isla con la misión de apresar a Iwi Tamae. Vea cómo se alzan más de un par de cejas entre los residentes de la isla, pues con tales aguaceros no hay bota de combate que negocie las chorreras de lodo en que se han convertido los empinados caminos del interior montañoso. Además, Tamae pertenece a la jungla, conoce sus recovecos y es risible que unos tipos que nunca han estado allí pretendan encontrarlo. Cualquiera con dos dedos de frente sabe que ninguna expedición, no importa quién la monte, dará resultado.

Leyendas de la región: Dondequiera que usted visite, escuchará a los locales enumerar las habilidades de Tamae, que ya parecen sobrehumanas. Cuentan de cómo una vez lo vieron trepando, con la agilidad de un cabro montés, el costado de piedra del Tekao, tan traicionero que el gobierno prohibió escalarlo desde que aquel famoso alpinista australiano dio un traspie y cayó muerto precipicio abajo. Hablan de Iwi

“El Escurridizo” con una admiración que jamás gozó antes de las acusaciones a su persona; la gente no solo asegura que escapará captura, sino que las expresiones al respecto son matizadas con un tono de burla hacia el Ejército Francés, cosa que preocupa a algunos políticos en la antesala de un plebiscito nacional.

Itinerario de viaje – séptimo día: Tome un taxi y entable conversación con el conductor. Entérese de que los votantes del archipiélago están divididos: una mitad (más o menos) favorece continuar bajo el gobierno europeo y la otra (más o menos) la independencia, pero la presencia de las fuerzas armadas amenaza con desperezar el espíritu nacionalista entre los indecisos y perturbar ese balance. Para colmo, en Noruega, el Instituto de Estudios de Otras Culturas ha publicado un artículo que describe a la cultura del archipiélago como una amenazada por influencias europeas, intereses externos y las exigencias de la industria turística. Propone que la identidad nacional se ve comprometida por tanta hospitalidad.

Itinerario de viaje – octavo día: Se aproxima un ciclón. Pierda el día tratando de hacer una reservación para devolverse a casa y al final resígnese a que no quedan asientos en las avionetas. Mientras los reporteros corren a abordar vuelos hacia Europa, donde procederán a cubrir otras noticias y olvidar el “Caso Caníbal”, los militares, varados en la isleta y sin poder continuar la búsqueda de Tamae, se dedican a beber cervezas en las barras frente a la bahía.

Actividad nocturna: Únase a la bronca que se forma entre soldados y civiles borrachos. Terminen pasando el resto de la noche juntos en la celda de la jefatura, que por lo general permanece vacía.

Itinerario de viaje – noveno día: Falsa alarma. El ciclón tomó rumbo hacia el norte. Del aburrimiento, convenza a su amigo el taxista que lo lleve de paseo, aunque todo esté cerrado. Cuando pasen frente a la entrada del *marae*, pídale que se detenga.

Llueve. El lugar está desolado y el taxista se negará a bajarse del carro, por lo que usted deberá adentrarse solo en el bosque para llegar hasta la plazoleta ceremonial. Párese en el medio del piso de piedra, cierre los ojos y deje que la lluvia caiga sobre su cuerpo, ahora tatuado. Invoque a los antepasados isleños como si fueran suyos, que tal vez es un atrevimiento pero es lo que se le antoja, e imagine la ceremonia ancestral presidida por reyes y guerreros. De pronto, todo parece tan real que hasta juraría que ve a Iwi Tamae allí, y es en ese momento que se da cuenta de que no es su imaginación, que tiene los ojos bien abiertos y que Tamae, el de verdad y de carne y hueso, lo está mirando de arriba abajo y está casi encima suyo, parado sobre el muro del *marae*, su silueta recortada contra el bosque de fondo. En ese mismo instante sentirá un calor intenso salir de las piedras, como si el fuego de hornos subterráneos ardiera debajo de ellas; el suelo temblará y escuchará los tambores ceremoniales mezclarse con los gritos de los vencedores y las súplicas de los vencidos. Paralizado del susto en medio del *marae* ardiente, fíjese en el aspecto de Iwi Tamae y cómo luce capaz del acto más terrible. Grite. Iwi Tamae se le viene encima, o eso parece al dar un brinco tipo gato montés. Usted se mea del miedo, seguro de que va a sufrir la mismísima suerte del inglés.

Años después podrá contárselo a sus nietos: *no me lo van a creer pero aquel salvaje, en vez de atacar, dio tremendo brinco, casi voló sobre mi cabeza y vino a caer al otro lado.* Usted tratará de seguirlo con la mirada, de distinguirlo corriendo entre los árboles bajo el velo de la lluvia, pero le será imposible. Igual de rápidamente, el calor de las piedras desaparecerá, dejándolo solo bajo el aguacero frío, y el *marae* volverá a ser el guardián gris de secretos que permanecen bajo tierra.

Itinerario de viaje – último día: Camino al aeropuerto, deténgase en el local de Meto, donde las bandejas del escaparate han amanecido llenas de hombrecillos de pan. Cada uno mide ocho pulgadas de largo y su fisonomía es detallada, considerando la dificultad de lograr definición con harina y agua. Mientras el panadero cuenta que la inspiración le llegó anoche, en un sueño, los hombrecitos esperan acostados en las bandejas, tocándose las manos. Los clientes, tantos que no caben en el pequeño negocio, han olvidado las arepitas de coco y se pelean, voraces: *¡Dame ese, el de la cabezota! ¡Quiero el largo! O ¡el gordito es mío!*

Acomódese en un banco del malecón y proceda a desayunar un hombre de pan con café *au lait*. Observe el crucero que ha llegado a la bahía y cómo los pasajeros saludan a una figura que rema junto al gigantesco barco. La canoa corta el agua sin hacer ruido, se acerca a los turistas que ignoran los peligros del paraíso. Entonces cambia de rumbo. Iwi Tamae se pierde en las ochocientas millas de océano mientras usted toma otro bocado del hombrecillo.

Ese sabor a manteca lo hace succulento.

Abrigo

De los dos tigres asiáticos de su piel, el dormido era mi favorito. Le besé el morro bigotudo y las orejas, le lamí las garras blancas, rocé con mis labios la maleza dibujada donde yacía. Bajé por las raíces que se tornaban enredadera sobre las nalgas de Alexandra. Aparté las carnes buscando la pequeña calavera azul casi escondida en la hendidura; la tracé con la punta de la lengua, y calqué los claveles sobre las redondeces. Bajé con besos por los tallos, les acaricié el verde torcido, tropecé con sus hojas, y salté desde una de ellas hasta la luna menguante en la cara interior del muslo derecho. Allí mecí mi boca entre luna y dos lunares hasta que me reclamó el colosal pez dorado de su corva. Le mojé con besos las escamas, lo bañé completo, pierna abajo hasta la cola. Mordisqué suavemente para no dejar marcas; era preciso no hacerlo. Dando besos de burbujas, llegué hasta los encajes punteados que le daban vuelta al tobillo, paseé los labios sobre ellos hasta bajar al pie nítido, sin tinta, helado. El calor de Alexandra ya había abandonado la habitación.

La viré boca arriba; me hubiese gustado quedarme más tiempo en su espalda, pero afuera esperaba el Señor Oomura.

Había llegado al atardecer.

—Pase, pase —dije, y entró en silencio.

Lo dirigí a la sala; todavía no quería dejarlo solo con ella.

—¿Quiere té? —ofrecí, y accedió con un movimiento de la cabeza.

Era un individuo menudo. No lo había visto antes; sólo habíamos tratado por teléfono, y solo lo necesario para negociar lo nuestro, pero venía bien recomendado. Me pregunté cómo un hombre tan frágil podría con la tarea para que se le pagaría, y bastante. De todas formas, ya los arreglos estaban hechos, y me aseguraron que era el mejor.

Ahora esperaba afuera, sentado en la sala, sorbiendo té de jazmín.

*

Ale siempre se reía del unicornio. Lo encontraba cursi y decía que algún día lo taparía con otra imagen más sofisticada. Ya había pasado con otros dibujos: transformaba flores en mandalas o lanzas en pájaros. En una ocasión, un zumbador fue obliterado por un cangrejo. Después de todo, el lienzo no era infinito. Pero el unicornio había sobrevivido y cabalgaba la cadera derecha. Lo besé y le susurré “perdón”. Quería disculparme por lo que pronto ocurriría, pero no encontré las palabras y en vez dejé que su cuerno me dirigiera hacia la telaraña mágica sobre el pubis. Balanceé la lengua sobre los hilos negros y, de ahí, merodeé hasta el nombre “Salomé” encima del vientre, la única palabra en todo el cuerpo. Alexandra prefería las imágenes a las letras, pero para ese nombre hizo una excepción en tipografía gótica. Tanto le gustaba; era el que le hubiese dado a una hija.

No hablábamos del tema, pero en esa soledad compartida sin descendencia nos dedicamos a viajar. Al principio escogíamos un destino por su historia y sus monumentos, como cualquier pareja de turistas. Al llegar buscábamos los artistas más cotizados, hacíamos una cita y salíamos con alguna transformación en la piel. Pronto, sin embargo, dejamos de operar de esa manera casi al azar y empezamos a

planificar los viajes alrededor de requerimientos específicos: dónde estaban los maestros, quién se especializaba en orejas o en cuellos o en tobillos. Fuimos llenando nuestras pieles de los trofeos de cada viaje, como quienes llenan curios de cucharitas de Alemania, Inglaterra y Marruecos. Buscábamos experiencias indelebles que brindaran trascendencia. Cargábamos en el cuero historias, compartidas e individuales, y a veces los dibujos de cada cual conversaban unos con otros, como el demonio de mi escápula con el infierno de su ombligo. Una vez hasta escogimos dibujos gemelos, dos escorpiones, pero usualmente cada cual iba a lo suyo, obedecía su creatividad íntima y hacía su propio cuento, que le narraba al otro cuerpo en la cama.

*

Me acordé del visitante en la sala. No debía dejarlo esperar más; me arriesgaba a que el tiempo no fuera suficiente para terminar el trabajo. O lo haría de prisa y mal.

—Señor Oomura —dije, asomándome a la sala.

—Señora —contestó, incorporándose y colocando la taza de té sobre la mesa de cristal.

—Puede pasar.

Su cuchilla hizo la incisión limpia una pulgada más abajo del ojo izquierdo. Meforcé a mirar y aprecié que, a pesar de la sangre, trabajaba amorosamente y con calma. Con el filo separó los músculos faciales de la epidermis, desprendió el cutis moteado por estrellas en cascada desde pómulos hasta cuello. Una mano guiaba la hoja de la cuchilla, la otra introducía dedos debajo de la piel, seduciéndola, protegiéndola mientras la invitaba a ceder. Sentí el hormigueo de un

desvanecimiento y la náusea subir desde el estómago. Salí. Me eché agua en la cara. Consideré quedarme afuera pero algo me urgía a regresar.

Entré de nuevo a la habitación, donde Oomura ya laboraba sobre el hombro izquierdo. Liberó al tigre despierto y bajó por el brazo, por los pájaros, las espadas y el pequeño buda sentado de la muñeca, hasta llegar a los dedos, donde separó las uñas con sumo cuidado. La piel del brazo izquierdo de Alexandra colgaba como seda multicolor y translúcida.

Prosiguió hacia el pecho cubierto de amapolas. Sus dedos detallaron los pétalos rosados y amarillos, como tantas veces hizo mi boca. El filo de la navaja los deshojó de la carne, sacándole sábila de sangre, hasta que creí que iban a salir volando. Llegó a la cabeza de la serpiente, la que yo apodaba Marlene, enroscada alrededor del seno izquierdo. Ahora, lo que tantas veces quiso hacer mi lengua, lo hacía la cuchilla: se le metía por debajo, navegaba subcutánea bajo curvas púrpuras y azules y verdes, indagaba los misterios de la enfermedad tapada por una cola de cascabel, soltaba a la culebra del dominio de los nódulos malsanos.

El primero se lo había encontrado ella misma dos años atrás. Entonces comenzaron las citas médicas, la inevitable terapia venenosa, los vómitos y la caída del cabello. Cuando nada funcionó, rehusó operarse, había cielos y planetas de por medio. Descartó la cuchilla quirúrgica que los estropearía y en vez acomodamos nuevos viajes en busca de sabios que garantizaban curas de hierbas, inyecciones y energías secretas.

Por un tiempo pensamos que mejoraba, pero el dolor inevitable llegó.

Cuando la medicina legal dejó de brindar el alivio necesario recurrimos a la marihuana, y cuando esta también dejó de funcionar, cambiamos a heroína. Alexandra empezó a perder peso rápidamente y, en uno de sus momentos lúcidos, me lo pidió:

—No dejes que me pierda por completo.

Le temía en particular a terminar agujereada por gusanos bajo la tierra, y cerca del fin hablamos de qué hacer.

Yo me había asegurado de obtener suficiente droga —“hacer la compra”, le llamamos—, de administrarla por última vez y de que surtiera efecto antes de dejar a Oomura entrar. Chequeé el pulso. Ausente. Respiración, ninguna.

Ahora el piso se empapaba de sangre. La cuchilla de Oomura desencadenaba al unicornio, al pez dorado y a sus compañeros cangrejos, a olas japonesas, a más flores, a calaveras con rosas, a una avispa y un corazón ensartado, a los encajes de los tobillos, todos prendados de la piel rescatada. Lo que quedaba sobre la cama era una masa de carne irreconocible. Me retiré a la sala y dejé que Oomura dispusiera de aquello solo.

Amanecía cuando lo vi salir con el bulto auestas. Ya se había limpiado en el baño de la habitación.

—La piel salió completa, sin rasgarse —me dijo—. Se la dejé tendida en la bañera.

Le pagué los diez mil dólares en efectivo y se despidió con una reverencia e instrucciones:

—Deberá lavarla con agua y jabón y ponerla a secar en un lugar ventilado.

Manual del padre muerto para hijas desorientadas

Disponibilidad 24/7 (ver también: Síndrome de Superman):

La disponibilidad del padre muerto ha sido documentada en numerosas ocasiones, sobre todo en su rol de intermediario entre la hija desorientada adolescente y la madre —su presencia evita que ellas se lancen un promedio de 2.7 cepillos de pelo menos— y como guardián nocturno. Los sábados, el padre muerto esperará más o menos despierto y cerca de un teléfono entre la medianoche y las dos de la mañana por si la hija desorientada lo llama y le pide que la vaya a buscar. Papi, me quiero ir, susurrará ella con voz temblorosa, pues el chico que la invitó al *prom* no solo está bien borracho, sino que la ha dejado tirada en un rincón para irse a bailar con otra.

El padre muerto se vestirá de prisa (la camisa quedará con la etiqueta hacia afuera) y se presentará a recoger a la hija desorientada, que lo espera en la escalera de la entrada, con la barbilla apoyada en las rodillas, los bucles de salón de belleza casi intactos y la falda de tul y encajes desparramada como un merengue maltrecho.

Camino al hogar, si la hija desorientada soltase par de lágrimas, el padre muerto le apretará la mano y le asegurará que ese tipo es un idiota.

Acento argentino:

El trabajo del padre muerto casi siempre requiere negociaciones complicadas y envuelve bastante dinero. En ocasiones, su naturaleza puede ser difícil de precisar y hasta misteriosa (ver: *Nunca hablar del trabajo con la familia*). También es usual que el padre muerto entre frecuentemente en contacto con personas del extranjero y, como consecuencia, adopte ciertos acentos al hablar. En más de una ocasión a la hija desorientada le mortificará escucharlo pedir café o preguntarle a un camarero qué hay de postre en un acento argentino marcadísimo, como si hubiera nacido en Mendoza. (Nota: los padres muertos caribeños tienen una preferencia marcada por los acentos y maneras de hablar suramericanas). Cuando la hija desorientada le pregunte: “¿papi, por qué hablas así?”, el padre muerto contestará que no sabe a qué ella se refiere y ordenará la crema catalana, su favorita.

Modos de transporte:

La muerte está asociada a algún tipo de vehículo en movimiento: coche, motora, lancha o avioneta. De hecho, en el historial del padre muerto hay varios accidentes, aunque ninguno serio (excepto por el aparatoso final, por supuesto). Desde pequeña, la hija desorientada será testigo, desde el asiento trasero del sedán familiar, del deleite que le provoca al padre muerto sobrepasar el límite de velocidad, no poner señales al cambiar de carril y manejar como si él fuese el dueño de la autopista mientras en el estéreo Charles Aznavour canta *Mourir d'aimer*. El padre

muerto es, sin excepción, un hombre que considera que las reglas no se hicieron para él. Esta actitud le parecerá, a la hija desorientada de seis años, heroica.

Al cumplir los dieciséis, le pedirá al padre muerto que le preste el deportivo convertible. Mentirá para conseguirlo (ver: *Claro que sé manejar un coche de transmisión manual*) y cuando el padre muerto le entregue las llaves sin hacer más preguntas, pensará —es ingenua en el fondo— que él se comió el cuento. Todo ese verano, el convertible de colección se le apagará en cuanto semáforo hay en la ciudad y los otros conductores le pasarán por el lado gritando: “¡Devuélvele el carro a tu papá!”.

Par de años después, la invitará a salir un chico que respetará cada letrero de PARE y los límites de velocidad. Por supuesto, la tarde en que se empeñe en esperar pacientemente en su carril a que se mueva el tráfico, sin invadir ilegalmente el paseo de emergencias, la hija desorientada lo despachará como un soso falto de espíritu.

Turbante, uso de:

Indumentaria estrambótica y colorida que el padre muerto insiste en ponerse cuando quiere hacerle una broma a la visita, específicamente a los novios de la hija desorientada y muy en particular a uno que estudia filosofía y tiene ínfulas de intelectual. El padre muerto abrirá la puerta de la residencia con dicho turbante puesto y saludará como si fuera extranjero (ver sección titulada *Acento argentino*). Invitará al huésped a pasar y le ofrecerá camarones cocinados sobre cristales de sal, un plato totalmente afectado cuyo único propósito es que el chico se sienta como un jíbaro ignorante. En resumen, los padres muertos son expertos en provocar y sacar a la gente de su zona de confort para que “dejen de comer tanta mierda”. Las hijas

desorientadas por lo general se quejan de esta prueba de carácter por la que cada pretendiente tiene que pasar, aunque al final aceptan a regañadientes que les permite comprobar si el chamaco tiene sentido del humor o si se amedrenta con facilidad.

Profecías:

Ninguna hija desorientada piensa en el padre muerto como alguien que puede tener enemigos. Por ende, se sorprenderá cuando, en una lectura del tarot que le hagan durante un viaje a España (o en California; los recuerdos se empezarán a juntar unos con otros años más tarde), la síquica le pregunte por él y si sabe de alguien que le quiera hacer daño. La hija desorientada pondrá cara, meneará la cabeza en negativa y pensará que a la mujer le falla el sexto sentido. Intentará dirigir la sesión hacia los asuntos que le preocupan: por qué no puede enamorarse de alguien decente y qué hacer para no sentirse tan triste todo el tiempo. La síquica suspirará profundamente, pondrá una mano sobre la de ella y recitará su diagnóstico: “Tu aura, querida, ha absorbido una cantidad pequeña, pero no inconsecuente, de la energía negativa que va dirigida hacia tu padre”. Entonces, le aconsejará que se cuide y extenderá la otra mano para recibir sus cuarenta dólares en efectivo. La hija desorientada los pagará a pesar de sentirse timada.

Sin embargo, esa tarde, al caminar por la playa de Santa Mónica (o quizás era por las Ramblas), meditará sobre las palabras de la gitana. En ese instante en que el sol cae y el cielo se torna violeta, cuando se difuminan los contornos de las cosas y unas se funden con otras, llegará a preguntarse si la magia negra existe.

Síndrome de Superman #1:

Poco antes del fatídico día, la muerte le estará rondando al padre. Por ejemplo, podría estar comprando gasolina justo en el momento en que alguien asalta el puesto, o estar paseando en bici por la calle cuando un pillo le saca una pistola a una señora, le arranca la cartera y sale corriendo. El padre muerto se le irá detrás al maleante sin importarle que tenga un arma y, como anda en bicicleta, lo alcanzará sin problemas, lo tirará al piso y le meterá dos puños bien dados frente a un pequeño grupo de espectadores. Le devolverá la cartera a la doña en medio de aplausos. Esa misma noche, cuando vaya a buscar un vaso de agua a la nevera, un aspa del abanico de techo se desprenderá, cruzará la cocina a toda velocidad, como un sable mortal, y pasará a menos de una pulgada de la cabeza del padre muerto, que dirá: “mira qué suerte tuve, por poco me mata”.

Estos eventos, en vez de interpretarse como presagios, crearán en el padre muerto una falsa sensación de invencibilidad. La hija desorientada no verá el significado de todo esto hasta después, cuando ya sea muy tarde.

El último desayuno:

Por costumbre, las hijas desorientadas nunca llegan en punto a las citas con el padre muerto. Esto también aplica al último desayuno, esa mañana que ella se despierta tan tarde (véase: *Noches de fiesta*, *Consumo de alcohol*, *Consumo de drogas*) que cuando llega por fin a la panadería, Pito, el camarero de siempre, le dice con cara de pena, como pidiendo perdón, que el padre muerto se cansó de esperar y se fue luego de haber tomado dos cafés con tostadas bien aplastadas y sin mantequilla, como a él le gustan.

La hija desorientada saldrá disparada hasta el hangar —el padre muerto le había prometido llevarla de pasadía en su avioneta— y allí le dirán que por poco lo alcanza, que acaba de despegar. Dará un pisotón frustrado en la pista y, resignada, se acogerá al plan b: pasar la tarde tirada en la playa con una amiga y luego cenar temprano en Mango's. (A pesar de ser superdespistada, nunca olvidará adónde fue y qué hizo ese día).

Al llegar a la casa, se percatará de que su móvil se ha quedado sin batería y que la madre le ha dejado varios mensajes.

¡Gracias a Dios!, contestará cuando la hija desorientada la llame de vuelta.
¿Tu papá está contigo?

Tortugas:

La búsqueda del padre muerto durará una semana y empleará a la Guardia Costanera, la fuerza aérea del cuerpo policiaco y varios helicópteros privados. Comenzará al amanecer, bordeando la costa suroeste de la isla, y no se detendrá hasta que caiga la noche y el mar se vuelva un hueco negro. Amarrada al asiento de uno de los helicópteros, con los audífonos puestos para poder escuchar al piloto por encima del escándalo de las hélices, la hija desorientada tratará de vencer las náuseas provocadas por la ausencia de puertas de seguridad y las maromas aéreas de los agentes que no se molestan en hacer virajes cuerdos. (Después de todo, ella insistió en montarse y ser parte de la búsqueda; no aguantaba seguir en la casa haciéndoles limonada a visitas con caras de preocupación). Par de veces sentirá que el helicóptero está completamente de lado (aunque eso es mecánicamente imposible) y se imaginará que su cinturón de seguridad se suelta y la deja caer al mar. En medio de

la crisis, le vendrá a la mente la imagen de cuando era pequeña y viraba su alcancía de Snoopy al revés para que todo el cambio saliera por gravedad.

Buscarán partes del avión. O de un cuerpo. Desde arriba, un manajo de algas parecerá otra cosa; los destellos solares sobre las crestas de las olas crearán la ilusión de trozos de metal sobre el agua. La hija desorientada verá algo moverse. Gritará, a pesar de que con el micrófono no hace falta, y el helicóptero hará un viraje extremo. Bajará peligrosamente para verificar qué es. ¡Ahí!, volverá a gritar, apuntando a lo que resulta ser una tortuga de mar gigantesca.

El animal le parecerá invencible, paseándose por aquella inmensidad cruel sin miedo. Es más, gozándose todo. Se zambullirá, desaparecerá y la hija desorientada aguantará la respiración hasta que reaparezca. El helicóptero se alejará, pero la hija desorientada seguirá a la tortuga con la vista hasta que se vuelva un puntito y se pierda.

Departamento de explicaciones:

No las hay.

Ni el entierro ni la cremación serán opciones, ya que el cuerpo del padre muerto nunca aparecerá.

Nessun dorma:

1. Nombre de la famosa aria de *Turandot*, compuesta por Giacomo Puccini e interpretada magistralmente por Luciano Pavarotti.

2. También: pieza cantada durante la misa del padre muerto por un tenor amigo de la familia.

Al escuchar los primeros acordes de la ópera favorita del padre muerto, la hija desorientada se preguntará por qué hay que ser tan sádico y subrayar ese día con, precisamente, esa música. Los amigos y familiares estarán muy pendientes a que ella llore, pero la hija desorientada sospechará que los despliegues de emoción son más para beneficio de ellos. En fin, no soltará ni una lágrima. Y no porque no quiera, sino porque no le salen. Considera el llanto como algo cursi —a pesar de que llora bastante en su vida, es siempre por cosas bobas— y para algo como esto, la emoción más apropiada es coraje. Se encerrará en su habitación y se meterá la almohada en la boca. Gritará. En una ocasión le pegará a la pared. Duro. La mano le dolerá por dos días y no volverá a intentarlo.

Síndrome de Superman #2:

Condición que afecta no solo al padre muerto, sino a todos los que lo rodean, ya que se tornan dependientes. En el caso de los familiares, el síndrome se manifiesta en ataques de pánico ante la pérdida y puede resultar en episodios de abuso de sustancias y decisiones pésimas (ver, bajo el expediente de la hija desorientada: *Matrimonio de cuatro meses de duración*).

Otra manifestación del síndrome es que, durante un tiempo, el padre muerto goza de omnipresencia, ya que todo parecerá invocar su recuerdo. Además, cada uno de los objetos que eran suyos, por pequeños o insignificantes que fuesen, cobrarán gran importancia. Una tarde, la hija desorientada visitará la antigua oficina del padre muerto y verá, sobre la larga e intimidante mesa de cristal que hacía de escritorio,

una pequeña manita de bronce, algo decorativo que alguna vez sirvió de pisapapeles. Lo que sea. La hija desorientada necesitará tenerla. La meterá dentro de la cartera y se la llevará. Esa noche, dormirá con ella empuñada. Y también las que le siguen. Hasta que, una madrugada, presa de una pesadilla, se llevará el puño a la cabeza bruscamente y se hará un chichón. La manita de bronce dormirá sobre la mesa de noche de ahí en adelante.

Mensajes misteriosos:

Aún muchos meses después de la muerte, la probabilidad de algún tipo de actividad paranormal es alta. Una tarde, al llegar a la casa, la hija desorientada se quitará los zapatos, se pondrá una sudadera cómoda y apretará el botón de mensajes grabados en el contestador automático. Enseguida escuchará la voz del padre muerto.

¿Dónde estás? Soy yo.

Sonará jovial, como siempre. Hará una pausa y añadirá:

Te estoy esperando. ¿Vienes?

La hija desorientada, segura de haber borrado todas las grabaciones viejas de la máquina, volverá a apretar el botón de reproducción con dedos temblorosos, pero esta vez solo escuchará estática. El mensaje del padre muerto desaparecerá tan misteriosamente como apareció, aunque no sin antes recordarle (o más bien destacar, ya que no es algo que se olvida) que, aquel día, el otro asiento en la avioneta tenía su nombre. Para una persona que ha visto toda la serie de películas de horror *Destino*

final, en las que los protagonistas, tras burlar la muerte una vez, están destinados a encontrársela de nuevo y de manera macabra, todo esto tiene un matiz fatalista.

Ángeles:

Los años pasarán y una mañana, al salir de la casa, la hija desorientada se topará con un montoncito de huesos pequeños y una calavera que parecerá ser de rata. No toque eso, *miss*, que es un trabajo de brujo, le advertirá el vendedor de azucenas, y ella volverá a entrar, buscará una escoba y recogedor y lo barrerá todo. Sin embargo, y a pesar de que las hijas desorientadas suelen ser olvidadizas, hay experiencias y palabras que causan suficiente impresión como para no borrarlas del todo. Recordará la advertencia de aquella gitana o espiritista, durante aquel viaje a España (¿o era California?), que le habló de la energía negativa que iba dirigida hacia su padre y que ella estaba absorbiendo como colateral. Ahora se preguntará si esa energía iba más bien dirigida hacia ella y el padre muerto la atrajo a él en vez, como una forma de protegerla.

Su vida, mirándola bien, está llena de posibles muertes. De por pocos. Un carrito de montaña rusa averiado que de milagro no se salió del riel. Un coche que dio cuatro vueltas al perder tracción en medio de una tormenta de nieve en Vermont y no se estrelló contra nada. Una tromba marina que se deshizo justo antes de alcanzar al pequeño bote de vela que fue alquilado para un paseo, y toda una colección de actos estúpidos y decisiones fatulas. La hija desorientada se preguntará cuántas veces el padre muerto, acabado de levantar de dondequiera que duerme, se ha puesto la camisa al revés para ir a buscarla; cuántas ha colocado su mano, que ya no tiene peso ni calor, sobre la de ella mientras el sedán invisible se aleja en dirección a casa.

Génesis

Ahora bien, El Pepe yació con Yamadiska, esposa de Tabito, y esta quedó encinta y dio a luz a Franklin. El Pepe siguió viviendo veintitrés meses más hasta que una tarde Tabito, a cambio de los cuernos, le pegó dos tiros. Acontecieron muchos líos por aquellos días, con Tabito engendrando más hijos e hijas, pero no con Yamadiska sino con Tuti y La Flaca, mientras gangas vecinas luchaban por reinar en el punto: los hijos de La Jota, los hijos de La Sombra, los hermanos de Manota y todas sus descendencias que se esparcieron por todos los pueblos. Y aconteció que Franklin se graduó de triciclo a bicicleta y se hizo mensajero de tiradores, lo que enorgullecía a Tabito que lo había adoptado para criarlo a su imagen y semejanza. Para ese tiempo y a pesar de las amenazas de muerte de un tal Moncho, Tabito había llegado a vivir hasta los treinta y tres años, que era como tener cuatrocientos en aquel barrio donde la maldad era mucha. Morir era bastante fácil y murió Harán y murió Karim y murió Wícharo y murió Rubí y murió El Sordo y murió también Waleska, la prima de Franklin, una noche de año viejo cuando el muchacho le disparó sin querer por estar jugando con la pistola de Tabito. Resulta

que Waleska tenía una hermanita, Irkamary, que al ver aquello calló —era bien nena, pero ya entendía eso que dicen por ahí: del punto naciste y al punto perteneces— aunque se prometió a sí misma irse de su tierra y de su parentela algún día, con suerte a Orlando, la ciudad prometida. Así, pues, nadie en el barrio choteó a Franklin y al final, le achacaron todo a una bala perdida. Con el tiempo, Franklin se metió en un tumbé con Manuel y juntos mataron a Cholo, hijo de Lydin, que había sido mujer de El Pepe antes de Yamadiska, hecho que lo hacía medio hermano de Franklin. Luego Franklin conoció, como quien dice, a Jubelín, la que fue novia de Cholo y engendró a Yumal. Franklin siguió viviendo dieciocho meses más, hasta que unos tipos mandados por Tatín lo atajaron una tarde frente a la Farmacia Caribe y lo acribillaron junto al bebé Yumal y Jubelín. Después de eso, Manuel vengó a Franklin y familia matando a Tatín durante una trifulca en Cashin's Place. Manuel siguió viviendo diez meses más hasta que Polito le disparó frente a un billar. Polito siguió viviendo siete semanas más hasta que lo ultimó Gabo, que a su vez fue tiroteado por Iraq. En cuanto a Tabito, ya contaban sus días cincuenta años, que era como tener ochocientos bajo las circunstancias, cuando tomó por esposa a Irkamary, hermana de Waleska, con quien se multiplicó. Pasaron los días y a una Irkamary bien preñá la visitaron dos señoras come santos con revistas Atalaya. Le estuvieron hablando una buena parte de la tarde —empezaron paradas bajo el sol frente a la casa, pero luego entraron a la sala y tomaron café—y dijeron muchas cosas que Irkamary vio que eran buenas, tanto, que esa noche le rogó a Tabito: Debemos entrar por la puerta estrecha. Tabito le hizo caso porque no solo su mujer estaba a punto de dar a luz, sino que también venía un gran diluvio sobre la tierra, o por lo menos sobre las islitas del Caribe que estaban en el paso de un huracán categoría cinco. Iba camino al templo cuando Chucho, hijo de Moncho y Sonya, lo saludó sacando una cuchilla. Chucho siguió viviendo solo un día más, a pesar de que había asegurado su hogar contra la tormenta, forrando todo con paneles de madera, y se había encerrado con sus perros, gatos,

gallinas, guacamayos, güimos y una iguana llamada Freddie. Pero no hubo precaución que valiera porque el techo de la cancha de baloncesto donde él vendía perico se levantó con los vientos, se meció un rato en el cielo como una chiringa y luego cayó reventada sobre su casa, aplastando a Cholo, pero dejando ilesos a los animales, tanto los machos como las hembras. Llovió siete días corridos y una gran oscuridad cayó sobre la tierra. El apagón ya llevaba cuarenta días y cuarenta noches, todo apestaba a la basura que el municipio no podía llegar a recoger y a la mierda desbordada de las alcantarillas. Para colmo, Irkamarys barrigona y Tabito sin poderse incinerar porque la funeraria no tenía generador. Viéndose sola y que Yamadiska, la ex del difunto, la estaba mirando de mala manera, Irkamarys, decidió que esta era una señal de la voluntad de El Señor. Escapó del barrio con una de las doñas de la Atalaya y nunca miró tras de sí, ni siquiera por la ventana del avión que iba rumbo a Florida. Hasta allá las siguió el huracán, pero disminuido a onda tropical. Aun así, llovió copiosamente hasta la mismísima tarde que a Irkamarys rompió fuente. Camino al hospital, el Uber en que iba aplastó a una paloma y, al asomarse por la ventana del coche, Irkamary vio las banderas de arcoíris de una parada gay. Es la señal del pacto, pensó. Será un nuevo comienzo. Me convertiré en propagandista médica, venderé Prozac en consultorios de lujo en vez de Percocets robadas en el punto y mi descendencia irá a Disneyworld. Al rayar el alba, Irkamarys, maravillada, dio a luz a una niña. Le puso de nombre Génesis.